

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cbrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

Que Dios os proteja, ¡Viva España!

«Nunca, nunca España renunciará a sus derechos que son seculares e indiscutibles, en Marruecos. Cueste lo que cueste, no retrocederemos ante ningún sacrificio porque cuando una nación cuenta con derechos tales sobre un territorio los defiende hasta la muerte.» Así habló ahora quien no siempre nos ha parecido buen español.

«La guerra de Marruecos, significa la defensa de una costa del Estrecho, o sea que nuestra frontera natural no está en la Península sino en la costa de enfrente, significa que no queremos que un Gibraltar nuevo se levante en ella, porque si hubiese dos, las luces que los alumbrasen serán dos cirios del ataúd en donde quedaría muerta la independencia española.» Así acaba de expresarse nuestro incomparable Mella, fervoroso patriota, maestro de patriotas, mejor dicho.

En África una vil traición de moros muy amigos acaba de proporciónarnos un gran desastre, muchos de nuestros queridos hermanos perdieron en él la vida, los que no están sufriendo terrible cautiverio...

Otros, sin distinción de clases, rangos ni fortunas, bastantes voluntarios, salen ahora de España a vengar el agravio, a castigar rebeldías, traiciones, ingratitudes, que mas pecó España por exceso de nobleza y caballerosidad, que por tirana y exigente.

Forzoso, necesario es el sacrificio, pero ¡ay! que al ver partir a estos queridísimos hermanos nuestros, sangre de nuestra sangre, el alma sufre angustias terribles... ¡no todos volverán!... Dios misericordioso protéjelos, no van a defender causas injustas ni ambiciones criminales, van a defender la honra de la Patria a libertar a sus hermanos cautivos y van después de dar públicos testimonios de religiosidad; es la lucha, la eterna lucha del cristiano contra el infiel, es la Patria y la Religión, contra la horda y el fanatismo.

Inmaculada Virgen, Madre de Dios, madre siempre generosa con los españoles que por Ti siempre lucharon con denuedo, ¡defiéndelos!... Que vuelvan pronto y victoriosos a sus hogares queridos, a esta tierra bendita de Ti, y si

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

todos no han de volver, a esos pobrecitos hermanos nuestros, heroes de la Patria y mártires por su Religión, acógelos en tu seno y dales la gloria merecida a tan gran sacrificio... ¡Adios, soldados de España! que nuestras lágrimas de despedida conmuevan al cielo y os saquen en bien de esa lucha cruenta por la Patria y la Religión.

Sí, y que estas lágrimas de despedida del pueblo español, de tantas madres desoladas, conmuevan también a nuestros gobiernos y les hagan ser un poquito más ciudadanos del cumplimiento de sus deberes... por caridad y por patriotismo...

En el hogar del soldado

«La defensa de la PATRIA, que es un deber sagrado, tiene su calvario, es cierto, pero da honra y alegrías imposibles de comparar con otras que no sean las que proporciona el sacrificio por la RELIGION.»

—Padre, siga usted leyendo... Lee usted tan despacio...

—Hija, porque leo temblando, porque tengo miedo de leer... Mira tu madre... En cuanto cojo el periódico, empieza a gemir...

—¿Qué quieres que haga?... Nuestro hijo... Mi pobre Juan de mi alma... Dices que ya empiezo a gemir... Pues a ti no te falta mucho para llorar... ¿Crees que no te oí anoche?... Yo estaba despierta, despierta como estoy siempre desde que nuestro hijo está en Melilla; pero tú creías que dormía... y bien te oí suspirar y sollozar... Tú y ésta no queréis llorar por no afligirme más, bien lo conozco...; pero en cuanto podéis llorar sin que yo os vea, llorais como yo...

—Pues mira, mujer, es preciso que tengamos fortaleza... No te aflijas, por Dios, que no le sucederá nada a Juan...

—Es claro; madre. De la guerra vuelven muchos...

—¡Qué muchos! casi todos. Ahí tienes a nuestro vecino, el señor Gil, que estuvo en la guerra de Africa, y luego fué voluntario en la guerra carlista, y también en la guerra de Cuba...; y ya ves cómo volvió sin novedad, y con su cruz pensiónada con treinta reales al mes. Y mira tú si le iría bien, que ahora, aunque ya está muy viejo, anda diciendo que si le admitiesen iría con mucho gusto a Melilla.

—Hija mía, si Juan muriera allí, a ma-

nos de aquellos moros, unos herejes, unos bárbaros, no tendría yo otro consuelo que morirme... Yo no quiero vivir sin mi hijo...

—Pero, mujer, si no morirá... ¡No faltaba más!... Yo te digo que en la guerra no muere nadie. Mucho ruido, muchos cañonazos, muchas descargas de fusilería... y nada más.

—Vamos, hombre, no me indignes.... ¡Cuidado que es empeño querer convencerme de que debo de estar muy tranquila!... Pues no lo puedo estar, como tú no estás tranquilo tampoco, ni lo estarán los padres de tantos soldados como han ido a esa guerra!...

—Lea usted, padre, lea usted... Y usted, madre, no llore más, por María Santísima, que se le están a usted poniendo los ojos muy malos, muy malos.

—Hija, pues si no pudiera llorar, hija mía, en esta tribulación, en esta angustia en que vivo, me volvería loca... Llorar es un consuelo, un consuelo muy grande, el único que tenemos las madres.

—Sigo leyendo: «Los moros, escondidos entre las chumberas, les hicieron mucho fuego; pero regresaron sin novedad, retirándose con mucha serenidad, y volviéndose a cada momento a disparar sus armas contra el enemigo, que esta vez no se atrevió a salir de su escondite. Parece imposible que no viniera herido ninguno de aquellos valientes.»—¿Ves tú como no muere ninguno?... «Los moros debieron tener varios muertos, porque desde el fuerte, observando todos sus movimientos, se vió cesar el fuego en sitios donde antes se habían visto claramente que había moros haciendo disparos...»

—¡Malditos sean!... Así no quedara uno.

«Han llegado muchos soldados. Todos los generales les dieron la bienvenida; se repartió a todos los soldados chorizo, salchichón, cigarros habanos, cajetillas de Susini, pañuelos bordados y galletas inglesas, precedente todo esto de las remesas que envían de Madrid y de todas partes corporaciones y personalidades importantes, entusiastas de nuestro ejército. Los soldados están contentísimos y deseando que llegue el día de arremeter a los moros.»—¿Oyes esto, mujer?... ¿Ves como no lo pasan mal los soldados? Y todo el mundo los obsequia; como que en sus manos está la honra de la patria. Debemos estar orgullosos de que nuestro hijo sea soldado.

—Sí, sí, todo eso será verdad; pero yo soy madre, y sé que el hijo de mis entrañas está a cada momento en peligro de muerte... o puede ser herido, y no estaré yo a su lado para cuidarle, para

consolarle, para bendecirle... Le llevarán a un hospital... se acordará de nosotros, de mí, sobre todo; me llamará en su delirio... ¡Ay! Dios mío de mi vida, ¡qué pena tan grande!... ¡Qué dolor tan agudo siento en mi corazón!... ¿Quién sabe si a estas horas?... ¡Oh! no quiero, no quiero pensarlo..., y no puedo pensar más que en mi desdicha.

—Tranquilízate, mujer, que sigo leyendo.

—Por Dios, madre, cálmese usted. Yo quiero mucho a mi hermano, y ya me ve usted que estoy... tranquila. No le sucederá nada.

—Porque tú tienes fuerza para disimular tu pena; yo no, yo no la tengo, hija. Dejarme, por Dios, dejarme llorar. Sigue, sigue leyendo, y no hagas caso de mí.

«Nuestro corresponsal nos escribe algunos detalles interesantes de la última conducción de un convoy de víveres y municiones. Iba precedido de una guerrilla de cazadores, todos jóvenes, que han ingresado este año en el Ejército. Los moros empezaron a hostilizar a los soldados, y dos de éstos, con un valor temerario se adelantaron en dirección al sitio donde se guarecía uno de los rifeños, a quien acababan de ver levantar el fusil... Súbitamente salieron, como si los escupiera la tierra, cinco o seis moros, que dispararon a un tiempo sus armas sobre nuestros dos valientes.»

—¡Qué horror, Dios mío!

—«Creyeron todos que los soldados habían sido muertos, y arremetieron contra los moros, deseosos de vengarlos. Retrocedieron los rifeños, y entonces se vió a los soldados levantarse y, uniéndose a sus compañeros, acometer al enemigo con la mayor bravura. Cuatro moros quedaron muertos a bayonetazos. Los dos valientes cazadores habíanse arrojado al suelo con tanta ligereza, que las balas de aquellos bárbaros pasaron sin herirles. Los nombres de estos cazadores que dieron tal prueba de serenidad son Manuel López y... y Juan Laguna.» ¡Nuestro hijo!

—¡Hijo, hijo mío de mi alma!... ¡Virgen mía!... ¡Tú me oyes, tú proteges a mi hijo!...

—¡Es un valiente!... ¡Hijo mío!...

—¡Ay de mí!...

—No llores, mujer... Ya ves que Dios le ampara...

—¿Que no llore, me dices?... ¿Pues no lloras tú, hombre?...

—¿Yo?...

—Sí, sí, no contengas el llanto... Es lo único que podemos hacer por nuestro hijo, llorar, llorar mucho para que Dios tenga compasión de nosotros...

CARLOS FRONTEIRA.

LA CARTA

I.

El capellán del regimiento rezaba en su breviario, mientras allá en la plaza del pueblo se agitaban los soldados. La etapa había sido larga y la jornada dura, y los mozos, antes de buscar un descanso bien ganado, se dirigían a las cantinas.

—¡Señor capellán!...—murmuró a espaldas del sacerdote una voz algo trémula.

Este volvió la cabeza y vió a un mocetón, llevando sin mucho garbo su uniforme, pero simpático, iluminada su carota por una sonrisa de confianza. El capellán creyó adivinar en su actitud tímida que venía a pedirle algún servicio espiritual

y marchando directamente al asunto, le respondió:

—¡Hola! Tu vienes a ponerte en regla ¿verdad? Muy bien, muy bien. Acabaremos en seguida. Empieza...

—¡No, señor!—dice riendo plácidamente el soldado.—Me confesé antes del último combate y estoy tranquilo. Hoy vengo por otra cosa...

—¡Bien, bien! Tú dirás.

—Venía... venía... para que me escribiera usted una carta.

—¡Ah! ¡quieres escribir a tu madre, a tu familia! Muy bien.

—No, señor. Las cartas a mi madre me las escribe el sargento. Pero hoy quisiera escribir... Porque me da reparo que me la escriba el sargento.

—¿A quién quieres, pues, escribir?

—A mi novia—dijo tímidamente el militar, poniéndosele muy coloradas las orejas.

—¡Bien, bien! Yo lo haré con mucho gusto. La pobre estará intranquila con las noticias de la guerra y es natural que procures tranquilizarla.

Vamos al cafetín, donde nos darán recado de escribir, y despachamos en seguida.

II.

El capellán pasó por la sala del café. Los soldados le saludaban como a un amigo, como a un padre, porque así le querían. Seguido del mocetón, entró en un pequeño cuarto, preparó pluma y tinta, y se dispuso a escribir.

—¡Bueno! ¡Dictame lo que quieras!

El soldado permanece mudo, lleno de embarazo. Baja la cabeza y dice:

—Señor capellán, usted lo sabe mejor que yo.

—¡Pero, hombre! ¿cómo voy a saber yo lo que tú quieres poner?

—¡Sí, póngale lo que le parezca!

—Vamos, le diré que te acuerdas mucho de ella.

—¡Sí, señor capellán!—dice vivamente.

—Que pensando en ella se te hacen un poco más ligeros los trabajos de la milicia.

—¡Sí, señor capellán!

—Que esperas que ella se acuerde también de ti.

—¡Sí, señor capellán!

—¡Bueno! Dices que ella es buena cristiana, ¿verdad?

—¡Oh, sí, señor! Ella es Hija de María. Ella además canta en la iglesia. Su voz es la más hermosa de todas. Parece la de un ángel. Cuando ella canta no se oye, ni la voz de los sochantres. Ella sube más que todos.

—¡Bien, bien! ¿Y ella ama mucho al Señor y a la Santísima Virgen?

—Me ha prometido que rezará el rosario por mí hasta que termine la guerra.

—Ya se ve que es una buena chica. ¿Quieres que le diga que tú sigues siendo tan buen cristiano, que te confiesas, que no tienes miedo al enemigo porque tienes tu conciencia tranquila?

—¡Sí, señor capellán!

—¿Que ella siga teniendo confianza en la Santísima Virgen y que bajo su protección llegaréis a casaros pronto y ser felices después que termine la guerra?

—¡Sí, señor capellán!

—¿Que más quieres que le diga?

—Usted lo sabe mejor que yo, señor capellán.

El capellán se sienta y empieza la carta.

III.

Han pasado treinta años.

El pueblecito está de fiesta. Las gentes en traje de domingo forman animados grupos en las calles, engalanadas con ar-

cos de follaje y colgaduras de magníficas colchas.

El clero, las autoridades, las cofradías, con sus escapularios, aguardan a la entrada. El señor arzobispo viene de visita pastoral. El coche llega. Una figura venerable se asoma a la portezuela y desciende.

La música inunda el espacio con sus notas.

El prelado, grave y sonriente, empieza a saludar a las autoridades. Del grupo se destacan varios veteranos que estuvieron en la guerra, y uno de ellos, olvidándose de las etiquetas, le saluda emocionado:

—¡Señor capellán! digo señor arzobispo! ¿Se acuerda de nosotros? ¡Somos del regimiento!

—¡Oh, sí, sí!—dice bondadosamente el prelado, y tuteándolos, como en otro tiempo,—vaya si me acuerdo—añade.

Mas el hombrachón insiste:

—¡Soy yo, señor capellán! ¿Se acuerda usted de mí?

—Sí, amigo mío! Me acuerdo...—dice el arzobispo dudando un poco y como haciendo memoria.

—¡Soy aquel para quien usted escribió la carta para Rosa!... Cuando volví de la guerra nos casamos. Tenemos siete hijos. La carta era muy bonita. ¡La guardaba Rosa y la tenemos aún!...

El antiguo capellán voluntario había llegado a ser obispo y más tarde arzobispo.

Haciendo un paréntesis en las tareas de visita de aquella parroquia, quiso llegarse un momento al feliz hogar del viejo soldado y lo bendijo, y bendijo a sus siete hijos y a Rosa... Y vió, conservada cuidadosamente, la carta que en otro tiempo había escrito ante la sencilla importunidad del soldado.

Después de aquella carta, escribió muchas más, cartas pastorales llenas de unción y de saludables consejos defendiendo el dogma, las enseñanzas y los derechos de la Iglesia; cartas sobre gravísimos asuntos de administración y de gobierno; pero ninguna le había proporcionado emoción tan dulce cual aquella carta sencilla, guardada en el arcón de aquella casa de pueblecito humilde, como recuerdo de amores castos y de luchas de epopeya.

Y cuando el anciano prelado se acuerda de aquella carta pide al Señor que mantenga en los hogares de la patria aquellos tesoros de fe, de afectos puros, de labor tranquila y de virtudes cristianas de que aquel humilde pliego es testigo.

El prelado insigne, antiguo capellán voluntario de tropa, hoy retirado de la vida activa de los ministerios, a causa de su quebrantada salud, es monseñor Renon, hasta hace poco arzobispo de Tours, y el antiguo recluta un honrado labrador de las orillas del Loira.

La Rufa, subversiva

En cuanto vi las greñas de la Rufa, su vestido roto, algo más roto que de costumbre, y el opulento chichón que lucía, la dije:

—Usted ha estado en el motín.

—¡A ver! Ya sabe usted que yo a eso no falto nunca. En cuanto que dicen que el pueblo debe *indignarse*, la primera la Rufa.

—¿Y quién le ha dicho a usted que el pueblo debe indignarse?

La distinguida fiera me cita nombres de personas que conozco y de papeles que conocéis.

—Le digo a usted—ruge—que si to-

das las madres fueran como yo, no iba un hombre a Africa.

—¿Sigue usted siendo madre?

—Me creo que sí.

—Pero honoraria, ¿no? Porque hace mucho tiempo que no sabe usted de su hijo.

—¡Valiente granuja! ¿Se quiso escapar? Pues que se las componga.

—Quizá esté en la guerra.

—Como lo supiera yo!

—Pues como si no lo supiera usted.

—¡No debía ir nadie!

—Yo no sé si sabrá usted, Rufa, que hay muchos hombres sin comunicación con España, y que luchan con heroísmo en defensa de ella. No se necesita mucha imaginación para suponer lo que estarán pasando. Si las madres españolas fueran todas como usted, si su disparatado pensamiento se propagara... ¡bien están comunicados! ¡Que no sepan nunca que hay aquí gente o tan bruta o con tan poca vergüenza, que no quiere que vaya nadie a auxiliarlos!

—Hombre, si pone usted las cosas así...

—Es que así son. ¿Tiene usted la seguridad de que entre la gente que se amotinó dando estúpidos gritos, no había padres, hermanos, amigos de los que allá se defienden por su honor y por el honor de todos, con la ilusión de que todos queremos volar a su lado? Se lo repito, ¡que no lo sepan nunca!

—Bueno, pues que vayan a auxiliarlos.

—¡Ah, vamos; ya consiente usted que vayan!

—Pero luego que se vuelvan todos.

—A descansar de los golpes ¿no? ¿Ha oído usted hablar de la vergüenza?

—¡Eh, que yo la tengo como el que más!

—Pero no quiere usted que la tenga España. Pues cuando el bochorno se extiende sobre un país, ¿de qué cree usted que se compone esa gran mancha roja? ¡De las mejillas rojas de todos los del país!

—¿Es que hay bochorno?

—No hay más que desgracia; pero lo habría si los *despreocupados*, los *derrota* *tistas*, que excitan a ustedes al motín, consiguieran su objeto.

—Como a una la dicen...

—Y como una no discurre...

—Una oye y lee.

—Y disparata a coro. Hay una harca allí que ha cortado las comunicaciones de las tropas con Melilla, y hay aquí otra harca que intenta algo más infame: cortar sus comunicaciones con el corazón de su Patria...

—Dirá usted lo que quiera; pero las madres siempre *semos* madres.

—De sus madres nacen los hombres, pero los hombres no nacen con la única misión de ser para sus madres. ¡Qué duela, bueno! Pero lo demás, no. Cuando Dios quiere a los hijos, se los lleva; cuando la Patria los necesita, se los lleva también. En uno y otro caso, ¡pobres madres! ¡Santas y dolorosas madres! Pero así es la vida que dieron a sus hijos! Hubo una que vió morir al suyo en la cruz, sin que pensara en amotinarse, ¡y era, por lo menos, tan madre como cualquiera!...

TIRSO MEDINA.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

A la Virgen del Otero, de Pola de Laviana

EN SU FIESTA DEL 15 DE AGOSTO

De tal belleza os compuso al formaros Dios, que puso toda su belleza en Vos, y así al haceros el Justo os hizo tan a su gusto, que si bien no se os mirara al punto se idolatrara teniéndoos como Dios.

Tan llena de gracia estás de la cabeza a los pies, que con ser Dios como es ya no supo darte más; tu que en sus brazos naciste Virgen Santa del Otero, en los tuyos le meciste para bien del mundo entero.

No hay cosa que mejor cuadre que tenerte a Tí por madre siendo la Madre de Dios que en tres personas existe, pues sin ser la causa Vos, solo por mi causa fuiste, y por mi bien consentiste en ser Madre de los dos.

La madre en el mundo tiene sobre el hijo autoridad, y la cristiandad sostiene y afirma rotundamente con inmenso regocijo, que tienes sobre tu Hijo en el Cielo potestad clamándote Omnipotente.

Estos humildes cantares de mi corta inspiración, deposito en tus altares juntos con mi corazón, que reservé para Tí desde edad ya bien temprana, y no te olvides de mi ni del pueblo de Laviana.

Cesáreo Alvarez Sala.

CHARLA

(Véase la anterior)

—«*Decíamos ayer*»... amigo Ortea, y recordábamos y descubríamos muchas cositas buenas de *Religión y Patria* y hoy, contando con la amabilidad de usted, vengo a molestarle de nuevo para seguir en la tarea de investigación, por supuesto, publicando lo que deba ser publicado y callando lo que deba callarse, pues ya he visto que mi entrevista anterior la ha *fotografiado* V. en el periódico sin omitir nada.

—Nada tengo que ocultar de mis trabajos de propaganda, al contrario me gusta decirlo todo, obras y deseos, para que todos conozcan bien la obra por la que se interesan y tomen nota de todo aquello en que puedan favorecerla.

—Muy bien y eso ha de resultarle a usted mas eficaz; de mi he de decirle que desde hoy desplegaré mas energías en la lucha por el bien del periódico.

—Del periódico católico en general, pues todos son igualmente dignos de protección. Mire bien cada cual sus po-

sibles y cumpla rigurosamente con su deber de luchador cristiano, que los tiempos actuales lo exigen más que los pasados, ya que la propaganda del mal y el mal mismo han llegado a un extremo y descaro que pone espanto.

—Tiene V. razón, no hay que ser tan egoistas con nuestra prensa, fomentadora de la mayor parte de nuestras obras sociales e instructivas.

—Recuérdese bien el dicho de aquel célebre y calculador judío: «dadme un periódico de gran propaganda y yo os daré luego todo lo que queráis.»

—Ese entendía bien la aguja de marear.

—A eso quisiera yo llegar a la gran propaganda.

—¿Dónde la tiene V. mayor, aquí en Gijón o fuera?

—En Gijón quedan unos mil doscientos números.

—¿Cuál pueblo o ciudad le sigue en importancia?

—Madrid. Allí las Damas Propagandistas, hacen primores, las Conferencias de San Vicente, Seminarios, Colegios, Asilos, Cárceles, Comercios, Centros, Círculos y Talleres etc. etc., se portan muy bien conmigo. Sigue Mieres, la Meca del socialismo antes... no se ahora, lo que sí se que *Religión y Patria* allí, tiene gran aceptación y protección valiosa. Después Laviana, Pola de Siero y Blimea con sus corresponsales celosos y desinteresados que ni de encargo. Sepa V. que uno de ellos, el de Pola de Siero, pasa de los 80 años de edad.

—Y nos cansamos nosotros con la mitad de años!

—Sigue Pola de Lena con su Apostolado de la Oración y su doña Asunción que no puedo apetecer más. Avilés y Oviedo con personalidades de prestigio. Y muchos más pueblos y parroquias de Asturias que si fuese a enumerarlos y a referirle las noticias que me comunican tantos héroes anónimos de la Buena Prensa, no se cuándo terminaría. Fuera de Asturias están todas las provincias de España con más o menos ejemplares, por la suscripción de señores Prelados, Capellanes del Ejército, militares, títulos del Reino etcétera, etc. Solo Bilbao y Coruña faltan en mis listas.

—¡Que extraño!

—Hasta en Palma de Mallorca, en Canarias y en Africa tengo suscriptores y últimamente acaba de solicitarme suscripción la Presidenta de las Damas Católicas en San Luis de Potosí (Méjico) Después de diez y seis años de publicidad va *Religión y Patria* a comunicar sus anhelos y sus entusiasmos a las repúblicas americanas, hijas queridas de esta bendita tierra que es nuestro orgullo y nuestro amor.

—Conozco el país, he vivido algunos años en él. Esa chispita de fuego sagrado que ahora prende, verá V. qué pronto se convierte en inmenso llamear. Le advierto a V. que aquellas señoras son capaces «de comerse los frijolitos sin grasa» con tal de proteger la buena Prensa.

—¡Todo sea a mayor gloria de Dios y bien de las almas!

—Mis últimas preguntas, que de seguro estará V. ya deseando que me vuelva a los Madriles y le deje en paz.
—No sea V. mal pensado. Hablando de prensa católica nunca me canso. Con que venga de ahí.

—Cómo surgió en V. esta idea del periódico?

—Admirando la obra del incomparable Clavarana, con su «Lectura Popular», de Orihuela, que recibo a cambio del mío con sumo gusto. Ya de muchacho, allá en Madrid, me deleitaban y aficionaban aquellos cuentos y cositas del gran escritor católico y me decía ¡quién pudiera como él! He llegado a seguir sus pasos, a igualarle ¡jamás! que aunque me sobran voluntades, me faltan condiciones y el arte necesario para hacer sabrosa como la hacia él, la Apologética popular. En 1.º de Enero de 1906 y dejando otras direcciones periodísticas que se me ofrecían no tan de mi gusto aunque si lucrativas, salió por

vez primera «El Amigo del Pobre» con 1000 números de tirada a... probar protección que fué lenta... muy lenta... Al año eran 1500 números, hoy 5500, no son muchos.

—Cuestión de recursos ¿eh?

—Eso mismo. En 1917 y debido a muy significadas y razonadas indicaciones, cambié el título por el de *Religión y Patria* y así sigo como ve V.

—Me gusta más. Son los dos anhelos, los dos más santos amores de un alma cristiana. Virtud y honor. Santos y héroes, ¡Cuánto se recopila en este hermoso título! No le cambie V. más.

—No tengo esa idea. Buenos trastornos me trajo el pasar de uno a otro.

—Me lo figuro. Pero V. sólo para el periódico es muy expuesto. Un día se pone V. enfermo y atascamiento seguro, y si se muere, no digamos. ¡Catalum todo!

—Dios es el Amo. El dirá. Nada hay eterno más que El.

—De conformidad. Pero creo yo que dejar morir las obras buenas por falta de previsión es un pecado.

—¿Y quién le ha dicho a V. que no me prócuro un sucesor?

—¡Vamos, vamos! me voy más confiado, no sin decirle a V. que nos volveremos a ver... y siempre a sus órdenes.

—¿Si?... Pues le mando que visite en Madrid de parte mía a mi excelsa Patrona la Virgen de la Almudena y a San Isidro Labrador.

—Bien y les contaré algo de esto que hemos charlado para que le ayuden.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sras. D. P.—Madrid.—Pagaron 2.º trimestre 1921.

Sr. D. L. N.—S. Ildefonso.—Id. fin 1921.

SUPPLICAMOS a nuestros suscriptores que aún nos deben el año 1920 y algunos el 1919, que no demoren tanto, por amor de Dios, el satisfacer sus importes.

TEJIDOS EN GENERAL

ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Colecciones de

Religión y Patria

Años 1917-18-19-20, a 5 ptas. año.

La Rusquilla

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato. San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras. Solicitense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C

Fotografía VILLANUEVA

LA MAS CÓMODA Y ECONOMICA

Corrida, 62, bajo :: GIJÓN.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica. Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID
AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP.ª
FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.—Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31
GIJÓN

Imp. LA RECONQUISTA.—Gijón. Teléfono. 312.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ
FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua) Harinas superiores :: Chocolates exquisitos :: Pan superior de todas clases ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

Doctor Calisto de Rato y Rocés

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO ::

Cuarenta y cuatro años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63. GIJÓN.